

Los siete cabritillos

Había una vez una cabra que vivía con sus siete cabritillos en una preciosa casa del bosque. Un día, la señora cabra dijo a sus hijos:

—He de ir al mercado, hijitos. Os quedaréis en casa y no abriréis la puerta a nadie. Ya sabéis que hay muchos lobos rondando por el bosque.

—Mamá, ¿cómo sabremos que eres tú quien vuelve del mercado? —preguntó el mayor de los cabritillos.

—Porque os enseñaré mi patita por debajo de la puerta. Y ahora, venga, portaos bien hasta que yo vuelva.

Un hambriento lobo, oculto entre los árboles, presencié cómo la madre cabra se alejaba camino del mercado. “¡Es mi día de suerte!”, pensó. Así que se sentó a esperar un rato. Después se dirigió a la casa y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó el mayor de los cabritillos.

El lobo con su voz ronca dijo:

—Soy vuestra madre.

Los cabritillos se dieron cuenta de que aquella no era la voz dulce de su madre y respondieron a coro:

—¡Vete de aquí, mentiroso!

El lobo se alejó de allí enfurecido. Rápidamente ideó un plan para conseguir suavizar su voz.

—¡Dame una docena de huevos! —ordenó a un asustado granjero.

El pobre hombre dio al lobo lo que pedía. Éste se tomó las claras de huevo y poco después llamaba de nuevo a la puerta y decía con voz dulce a los cabritillos:

—He vuelto del mercado, queridos.

—Abre —dijo impaciente la cabritilla pequeña a su hermano mayor.

—Un momento. ¡Enseñanos tu patita! —dijo el cabritillo mayor.

El lobo mostró su oscura pata y pudieron observar su color negruzco.

—¡Déjanos en paz! —dijeron enfadados—. ¡Tú no tienes las patitas blancas como nuestra madre!

El lobo se alejó de allí enfadadísimo. Pero seguía dispuesto a zamparse a aquellos cabritillos a toda costa.

—¡Dame un saco de harina! —dijo furioso el lobo a un molinero.

El hombre, muerto de miedo, obedeció. El lobo se dirigió a la casa de los cabritillos y, antes de llamar, cubrió con harina sus patas delanteras.

—Ya he vuelto, hijitos. Abridme —dijo con voz dulce y cariñosa.

—Enseñanos tu patita —dijeron los cabritillos desde dentro.

El lobo, entonces, mostró una de sus patas blanqueadas por la harina y los cabritillos abrieron la puerta.

Rápido como un rayo, el lobo entró en la casa. Los cabritillos huyeron en desbandada e intentaron esconderse por todos los rincones.

—¡Os comeré a todos! —gritaba el lobo.

Uno a uno fue devorándolos. Hasta perdió la cuenta de los cabritillos que llevaba. Con la panza bien repleta, el lobo abandonó la casa.

Poco después, la señora cabra volvía del mercado. Encontró la puerta abierta y vio aquel gran desorden. Llamó a sus hijos, los buscó por todas partes. Todo fue inútil. Nadie contestó. La señora cabra se sentó a llorar desconsolada.

De pronto se abrió la puertecilla del reloj de pared del abuelo y apareció... ¡su pequeña cabritilla! ¡La más pequeña de todos sus hijos!

La cabritilla contó a su madre cómo los había engañado el lobo. La señora cabra, acariciando a su hijita, la felicitó por haber elegido aquel magnífico escondite.

Después dijo:

—¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder! Coge tijeras, aguja e hilo.

—¿Para qué, mamá?

Ya te lo explicaré después. Con tus seis hermanos en la barriga, ese lobo no ha podido ir muy lejos.

Echaron a andar y, al poco, encontraron al feroz animal profundamente dormido sobre la hierba.

Con las tijeras, la mamá cabra abrió aquella gordota panza, los seis cabritillos salieron de allí como si nada hubiera pasado.

—¡Ssss...! ¡Silencio! ¡Rápido, traedme una piedra cada uno! —ordenó la madre.

A continuación, la señora cabra metió las piedras en la barriga del lobo y la cosió con fuerza. Después, madre e hijos se alejaron de allí con rapidez.

Al rato, el lobo se despertó. Se sentía muy pesado y le dolía mucho la tripa. "He comido demasiado. ¡Menudo banquete!", se dijo.

Con grandes esfuerzos se levantó y caminó hasta el río. Necesitaba beber. Al inclinar su cabeza hacia las aguas, el peso de las piedras le hizo perder el equilibrio y cayó al río. De allí no pudo salir y murió ahogado.

Así acabó sus días aquel lobo comilón.